

"DESDE SAN ILDEFONSO, UNA MIRADA AL PORVENIR"

POR RAFAEL CORRALES AYALA

Gracias a la gentil invitación de Arturo Azuela, tengo la oportunidad de rememorar lejanos días de mi vida universitaria y de acceder, acaso, a algunas reflexiones.

Me compenetré del ambiente de mi Universidad, ya no sólo como estudiante, sino como funcionario, habiendo terminado la carrera de abogado, si bien antes de recibirme. Fue bajo la administración del rector Luis Garrido, hombre de mano suave, culto humanista y sutil encausador de las contradicciones de una casa de estudios que no había dejado de estar en incesante convulsión desde 1929.

Bajo esa rectoría fui Jefe de Prensa de la Institución, luego del Departamento de Extensión Universitaria y Director de esta revista, hoy conducida por una mente lúcida. Me tocó entonces atender a ilustres visitantes como Merleau-Ponty y Germán Arciniegas. Por aquellos días se produjo, también, la primera gran exposición de Diego Rivera en el Palacio de Bellas Artes y la publicación a mi cargo mandó recoger breves opiniones de notables universitarios sobre la pintura de aquel genio y el significado de tal acontecimiento. Asimismo, me correspondió, desde sus páginas, contribuir al clima que debía concluir en la creación de la Casa del Estudiante Mexicano en París.

Fueron puestos efímeros aquellos que evoco, porque pronto la campaña política de Don José Aguilar y Maya, como candidato al Gobierno de Guanajuato y, posteriormente, la gira electoral del Sr. Ruiz Cortines, me sacaron del claustro univer-

sitario. Nunca he dejado de sentir que hubo algo de mutilación en lo temprano de ese desprendimiento, pero frente a la melancolía de lo que pudo ser un destino universitario más completo y maduro, me compensa la idea de que la Universidad está hecha, sólo en parte, para enviar a muchos de sus hijos a la plaza pública, debiendo contabilizarse en renglón por separado el hecho ya muy personal de la mayor o menor jerarquía que éstos alcancen en ella. Lo cierto es que la Universidad contemporánea ha dado ya Presidentes de la República, nutrido los gabinetes y los equipos de los partidos políticos, tanto de izquierda como de derecha, en el país.

La época de mis funciones universitarias fue transicional, pero no infecunda. Además de que en ese lapso se cicatrizaron muchas heridas de casi ininterrumpidas contiendas, se establecieron la Facultad de Ciencias Políticas y el Doctorado en Derecho.

Fue de transición aquel tiempo, primero, porque se estaba consolidando la Ley Orgánica de 1944, con la que se clausuró el autogobierno universitario que siguió, si bien con sucesivas alteraciones, a la huelga y a la Reforma Institucional de 1933. Hombres como Gómez Morín, Ocaranza, Chico Goerne, se sucedieron en la rectoría con la rapidez con que cambiaban los primeros ministros de la Tercera República Francesa. Dentro de esa secuencia, en mi primer año de la carrera de Derecho vi el derrumbe de Brito Foucher, inevitable ante el estudiante muerto en la Escuela de Veterinaria. Por aquellos días habíamos sido testigos, también, de la encarnizada lucha entre Antonio Díaz Soto y Gama y Agustín Yáñez, por la Dirección de la Escuela Nacional Preparatoria. Contendían un hombre que venía del ayer revolucionario y otro que sería ganado por la política del futuro.

Transicional era esa época, porque estábamos ya en los inicios de la Ciudad Universitaria, ofrecida por el Presidente Avila Camacho al Comité de Huelga que derrocó al Dr. Fernández MacGregor y que comenzara a ser planeada y construida por Don Miguel Alemán, con un costo de cerca de 300 millones de los pesos de entonces. Era el último sol en las bardas del viejo perímetro universitario, con sus dos joyas arquitectónicas: el Colegio de San Ildefonso y la Escuela de Medicina. Los billares, las cantinas, los cafés de chinos, donde a veces todavía se ejercía el fuero medioeval de los estudiantes y, en fin, ese aire vetusto y bohemio que le daba un trasunto de Barrio Latino a nuestro ámbito universitario, iba pronto a desaparecer. Pero ésto sería lo anecdótico.

Lo de fondo es que una Universidad íntima, donde estudiantes ricos y pobres, de la Capital y de todas las provincias, podían hacerse camaradas en los patios de las escuelas, iba a cambiar el rumbo haciéndose tumultaria y enorme. La vieja casa de estudios que estaba por terminar, había vivido a la sombra, a veces casi caudillezca, de los grandes maestros; incluso conoció el cisma cuando Vicente



Lombardo Toledano se reveló filosóficamente contra Antonio Caso, tal como Abelardo lo hizo frente a Guillermo de Champeaux en la Universidad de París.

Desaparecido Caso quedaron sus grandes discípulos, como Francisco González de la Vega en la Facultad de Derecho y llegaron, por otra parte, los profesores de la emigración republicana española, a quienes íbamos a escuchar, principalmente, en Mascarones.

En resumidas cuentas vivíamos el pre-México de estos años 80 que ya comenzaron y que parecen desembocar como río de aguas broncas hacia el final del siglo, con torrentes de niños, jóvenes y automóviles. ¿Será capaz la Universidad Nacional Autónoma de México de abarcar esta patria engrandecida en problemas, pero también en proyecciones promisorias y de seguir aportando clases directoras eficientes? Todos los que tenemos ataduras vitales profundas con esta Universidad debemos contribuir a que se desconcentre razonablemente y a que no sea batida por la política y menos por las facciones que, en un momento dado, la enturbian o falsifican como tarea cultural y creadora. Lejos de sucumbir a ella, nuestra casa de estudios tiene que analizar el fenómeno político de México en sus presentes complicaciones y modalidades. Sólo así podrá apartar a los aventureros y estar en condiciones de preparar a muchos de los ciudadanos que deben participar en la lucha por el poder público.

Desde una posición científica y de libertad de cá-

tedra, la Universidad deberá poner *in vitro* la Reforma Política, como quiera que ella desee llamarla. Considero que esta reforma habra de complicar y no simplificar las cosas, pues tiende a acelerar el proceso dialéctico de la realidad mexicana. La complicación consiste en entrecruzar más apretadamente el juego ideológico del país. De esta manera precipitará sobre la opinión pública mayor número de polémicas y contradicciones de facto. Se incrementará así el esfuerzo teórico por racionalizar las situaciones nacionales, función esencialmente universitaria.

Por lo demás, nuestra Universidad tiene que seguir siendo fiel a los postulados de Sierra y de Vasconcelos, que cuando somos muchos y las cosas no alcanzan para todos, pareciera que sonaran contradictorios. Porque según Don Justo la Universidad tiene que ser nacional; debe forjar "la ciencia que defienda a la patria"; aquella que la haga productiva y la salve de sus grandes problemas socioeconómicos. Y según el autor de su lema —Por mi raza hablará el espíritu—, la Universidad tiene que expresar e incrementar la cultura latinoamericana. Lo primero pareciera volcarnos hacia adentro y lo segundo desbordarnos hacia afuera. Sin embargo, las dos tareas, eminentemente políticas, se complementan en un mundo que, al tender con gran fuerza hacia lo universal, obliga a los grupos humanos a acentuar su identidad y a precisar sus analogías con otros, a fin de participar y no sucumbir ante las realizaciones del ideal de la raza cósmica.

